

**MÁGICO GONZÁLEZ,
LA LEYENDA**

ENRIQUE ALCINA

MÁGICO GONZÁLEZ, LA LEYENDA



1ª edición, 2015

Diseño de la cubierta: Francisco M. Mesa García

Fotos en interior: Jorge Garrido

Editorial DALYA

Jilguero 14

11100 San Fernando

www.edalya.com

© del texto, Enrique Alcina

© Desarrollo de Ámbitos de Lectura y Aprendizaje S.L.

Reservados todos los derechos sobre este libro. No está permitida la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, multimedia o digital, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio sin el permiso previo y por escrito de los titulares del Copyright. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual.

ISBN: 978-84-944735-6-2

DL CA 445-2015

Impreso y encuadernado en CORIA GRÁFICA S.L.

Printed in Spain / Impreso en España

A Lorena, a mi familia, a mis amigos, a Bob Dylan, a Federico García Lorca, a Camarón de la Isla, a Joaquín Sabina, a Juan Marsé, a las comparsas y chirigotas de Cádiz, a Paco de Lucía, a Fernando Carvallo, a Bruce Springsteen, al Fondo Sur, a la Patti Smith, a Lou Reed, al tren del gol, a Radio Futura, a Macondo, a Bob Marley y a Jesús de la Rosa, a Eduardo Galeano, al Submarino Amarillo... y a Jorge Mágico González. Todo suyo.

ÍNDICE

1 ¡Despierta!	11
2 La servilleta	29
3 Fulgor, ascensión y caída	35
4 Pepe, disfrazame	55
5 Ahorita me ofrecieron un dinero	63
6 Magical mystery tour	75
7 Amigo Camarón	81
8 No me van a creer	91
9 A Siberia del tirón,...	99
10 Mágico paraba por aquí	107
11 Black & Guay	115
12 Muerte y resurrección	119
13 Un crack	133
<i>Reportaje gráfico</i>	147
14 Felicidad	157
15 La mejor versión	161
16 No veas cómo corría	169
17 División de opiniones	177
18 Ruido y responsabilidad	187

19	Rock and roll star	191
20	El taratachín	199
21	Milagro	209
22	Rey Vago	229
23	La caja de zapatos	235
24	Realismo mágico	239
25	Puro teatro	245
26	El primer mago	249
27	Sangre de El Salvador	255
28	Hasta siempre	261
29	Palabras mágicas	271
30	¡Despierta!	281

¡DESPIERTA!

La tarde que Mágico construyó aquel extraordinario gol de orfebrería ante el Rácing de Santander, fue a ducharse al sótano del sueño y se largó luego a la grada, a ver correr a los juveniles. Ajeno a la bulla, la búsqueda y la captura de espadachines del micrófono y pregoneros de la adulación, se sentó en lo alto de la cima del mundo, en un paradero desconocido del estadio Carranza. Cuando quiso hablar, casi afónico, abrumado por la euforia colectiva, atribuyó la hazaña a sus compañeros, sin darse importancia.

Entre dos aguas, el salvadoreño Jorge González, el resplandeciente futbolista que alcanzó la popularidad mundial gozando de la vida y el juego en un equipo modesto, el príncipe de la noche, mujeriego y discrepante del horario habitual, volvía del exilio. Pasó cerca de un año castigado sin balón, abonando el precio de su libertad. Dejó un silencio muy grande en la calle de la algarabía. Tan grande como las emociones secretas de su retorno a la tierra de la magia.

El favorito de la afición, talismán de la ciudad querida, tuvo tiempo de escenificar, esa tarde de septiembre del 86, la síntesis del talento que había desparramado desde su llegada, al calor del Mundial del 82, hasta su declive. Jorge desbordó los corazones de los devotos gaditanos con el dulce lenguaje de sus jugadas y catorce goles en cada temporada, pero también desarboló los planes de la autoridad deportiva, que se cansó de sus ausencias, de su carácter impredecible y ajeno a las formalidades, de sus altibajos. González y la cara oculta de la luna.

Hablamos de un futbolista elevado a la categoría de artista, una ciudad donde se disfrazan día y noche los ángeles con los demonios, un tiempo de frutos y escombros, una historia de amor y espera, de alegría infinita, pérdida y memoria.

La leyenda de un hombre pegado a una pelota que, por ventura, ni siquiera pone de acuerdo a quienes compartieron con él una hermosa y contradictoria colección de anécdotas, historias verídicas, enigmas y certezas, se aligera con el tiempo de agua probable en la fuente del recuerdo.

Mágico cayó de pie en Cádiz, creyó encontrar al sur del sur la tierra prometida, el refugio de las luces y las sombras, y Cádiz halló en él otra piedra filosofal, otra razón de ser o no ser para seguir tirando.

No es extraño que Jorge González, el chaval delgado, mestizo, desaliñado y extravagante que aterrizó en Europa con fama de gran jugador y mejor persona, aunque un poco despistado en todos los desórdenes de la vida, encajase de lleno en Cádiz, en un equipo de primera, segunda o tercera, en una ciudad que engaña al dolor con humor de doble sentido.

Mágico no solo dio en Cádiz días de gloria y miseria, entre 1982 y 1991, traducidos en quince mil minutos de sube y baja emocional en la tabla clasificatoria, una gira mundial y el exilio, un par de muertes anunciadas, la pasión y resurrección del gatopardo con botas, sino que marcó una época. Su leyenda perdura, crece como la amapola, asilvestrada, y se transmite como un versículo loco de la religión del fútbol. El verbo suelto de Mágico en el campo, donde se expresaba con agradecida claridad, caminó a la par que su parquedad de palabras en las distancias cortas. Sencillo, tímido, enemigo de la ambición y fugitivo de las apariencias, vividor, noctámbulo, indisciplinado, excéntrico, coleccionista de etiquetas, Jorge González, que apenas leía, si acaso repasaba libros sobre el más allá, escribió un montón de páginas, fascinantes y recónditas, del devenir personal y común de miles de gaditanos, y por defecto, más bien por virtud, de millones de aficionados que hoy conversan con el mito.

Desde su aparición, con las castas de Naranjito, hasta su marcha por la puerta de atrás, a principios de los años noventa, Mágico hizo a su manera inevitables las comparaciones, el alza-

miento de adjetivos superlativos precursores del actual tremendismo, los tópicos, las frases hechas y los rumores de libertad.

Contribuyó Jorge, unas veces más que otras, a la consecución de dos ascensos y cinco permanencias que se festejaron en la calle como si fueran títulos de postín. A su aire, claro, de modo intermitente y audaz. Anotó más de sesenta goles en ocho temporadas, en el transcurso de unos doscientos partidos oficiales, y varios centenares de tantos en los partidillos que echaba con los niños en cualquier plazoleta de Cádiz. Salió de gira galáctica con Maradona, cual estrella de rock. Sufrió el frío siberiano, condenado tras un rosario de informalidades, grandes escapadas y sanciones disciplinarias.

Recuperó el tiempo perdido resucitando con motivo de la liguilla de la muerte, qué contrasentido, y mostró su mejor versión en la temporada más brillante del Cádiz en Primera División, la 87-88, más motivado que nunca por el técnico uruguayo Víctor Espárrago, artífice, también, del último ascenso y la última temporada del Cádiz en la máxima categoría.

El ocaso de la carrera del Mago presenció, al menos, una sucesión de milagros deportivos, hazañas a última hora, que tomaron como dogma los mercaderes de leyendas para bautizar al Cádiz como el *Submarino Amarillo*. Mágico, por supuesto, no se marchó sin pintar en el cielo gaditano varios puntos finales y muchos puntos suspensivos.

Aquí y ahora, Mágico es adorado y reconocido en el mundo entero, por el extraordinario nivel de juego que mostró en Cádiz, salpicado de bamboleos irregulares y situaciones rocambolescas, y por las noticias que llegaban alrededor de su vida disoluta. No hubiese conocido la notoriedad solo con el segundo factor. Contaremos por cientos, a manojitos, los deportistas que castigaron su cuerpo en el tercer tiempo, pero hallaremos muy pocos con la calidad futbolística y humana del Mago. Bastarán los dedos de una mano.

Concedamos el dedo gordo a George Best, el extremo de Belfast, sumo sacerdote del amor al despelote y genio absoluto del fútbol palpitante en la cancha y feliz vigilante de las aceras del lado salvaje de la vida, *walk on the wild side* con más veras, póstumo y merecido recuerdo a Lou Reed.

Así las cosas, el Mágico hipotético de siempre, que a veces decía que sí cuando quería decir que no, saldría mejor parado de un control de calidad que muchos coetáneos suyos en una imaginaria selección mundial de futbolistas de los años ochenta, y de todos los tiempos.

Sería el mejor titular discutible. Nadie entraría al trapo de porfías, sino que asumiría como algo sobrenatural el virtuosismo técnico del Mago, firme y flexible como la red de un pescador.

Miro hacia atrás, busco entre los recuerdos. Recién sudado, exultante, aclamado por los suyos, agotado de esperar el fin y con los ojos saltones, Mágico se deja querer, sin que sirva de precedente, e intercambia besos chaporroteados, urgentes, húmedos. A la vera de la celebración, lejos de la intimidad del vestuario, que es como una calle de Cádiz colorista, festiva, bulliciosa y ancha, un locutor ensaya a viva voz la pregunta del millón, que lleva implícita la aseveración, «yo que tú me lo haría mirar, acabas de darnos una tarde extraordinaria, la gente camina sobre las nubes, ese pase atrás, esa finta en el área, los golazos que nadie olvidará, estarás contento, ahora mismo nos vamos a tomar un vaso tú y todos nosotros para conmemorar que estamos vivos, bla, bla, bla. ¡Qué partido!» Y el Mago, ruborizado, con esa media sonrisa arrendada tan suya, contesta: «Si tú lo dices...».

Digo. Jorge tenía esa manera inconfundible de atrapar al liquindoi un pase de vaso largo, bajar la pelota con una caricia, depositarla en el futuro inmediato y echar a volar la imaginación de la gente.

A su vez, la gente, que llevaba media vida soñando con un balón perdido, una alegría aunque fuese de rebote, un despeje con suerte, llenaba el vacío de las palabras con un murmullo, un sus-

piro de alivio, y preparaba la barbacoa de pañuelos al viento y el karaoke mundial.

Cuando Mágico comunicó al mundo el brote verde de su leyenda, no había móviles, así que el público que colmaba las gradas del estadio Carranza no seguía los partidos con la cabeza gacha, con un ojo en la pantalla del móvil y otro en el campo, encarajotado y ansioso, sino que podía disfrutar del festín sin perder puntada. Ya después pegarían un telefonazo a los amigos para cantarles lo que se habían perdido. La era del pantallazo, tan poco pudorosa y vulgar, nos ha enseñado que las imágenes no siempre cuentan toda la verdad, casi nunca, y que la música es un taxi libre. Las imágenes de Mágico en internet no confiesan la verdad completa, faltaría más, ni calibran la dimensión de su juego, y a veces engañan al incauto aunque resabiado espectador de sofá. El estilo de Jorge González, igual que las canciones redondas, no admitía explicaciones, de ahí el «si tú lo dices», pero el recuerdo bañado de nieve, borroso y entrecortado que se activa con un click pide a gritos un contexto. En el fútbol, la cámara lenta es una estafa inmobiliaria, como una vida sin alicientes. Yo creo que Mágico grababa tomas falsas en los descansos para reírse un poco de sí mismo y que los notas de *Estudio Estadio* las guardan en un cajón sin atreverse a desempolvarlas por miedo al terror.

Mágico, despierta. Mágico González tuvo que oír de todo en Cádiz, a lo largo de sus inolvidables años de romance con la ciudad de la luz, la alegría y el desempleo. Seguramente oyó sirenas pasar, oyó el rumor del mar, escuchó aplausos y ovaciones, elogios y reproches.

Desoyó el tentador sonido del dinero y prefirió disfrutar de cerca a Camarón de La Isla, su amigo de piel morena y risa blanca, fruta del tiempo. Pero la frase que más escuchó Jorge durante su estancia en la capital gaditana respondería a algo parecido a: «¡Jorge, despierta, cojones, que tenemos que entrenar!». Una y otra vez. Y Jorge, acostado, frito, cuajado. Total, tampoco se perdía mucho; más se perdía la gente despierta sin él, y además se conoce que había adelantado trabajo por la noche.

No hacen justicia al personaje quienes recurren a la caricatura para describirlo. La fama de noctámbulo ayuda a entenderlo, nos echamos unas risas, descubrimos nuevas maldades y aforismos, pero poco más. Se ha exagerado mucho en torno a Mágico. Nada ocurrió exactamente como se cuenta. Las charlas de café adquieren así una emoción inusitada, a raudales, de plastilina.

El implacable paso de los años nos ofrece la imposibilidad de masticar con pausa la irrealidad vivida, pero nos invita, merced a la tradición oral, a correr el riesgo de transformar la leyenda de Mágico en algo liviano y fantástico cada día más creíble y más bello. Como da gusto correr riesgos en esta suerte de pasión según Mágico González, jugamos con los enigmas, echamos la vida a cara y cruz, a verdades y mentiras. Regateamos al olvido. A la voz de ya vamos a someter a su consideración lo que se sabe y lo que se desconoce de Mágico, que es casi lo mismo. Aquí el único que conoce la verdad verdadera es Mágico, y a lo mejor no se acuerda. Más respeto que la ficción merece el susodicho Jorge, somos conscientes de que no se construye una vida solo con realidades. A menudo, no hay por qué conceder explicaciones.

Compartió Jorge con sus miles de fieles y sus cientos de derrotistas una época que se presentaba así de pronto, casi nueva, linda, apasionante y decisiva para Cádiz. Los destellos del Mago, sus espantás, las gestas en la cancha, los ascensos y descensos de color amarillo tropezaron con un clima social muy sensible a los acontecimientos, que fueron mágicos, peliagudos y variados. Los sucesivos conflictos de Astilleros, la marginación, el paro, la droga y la inseguridad mermaron las primeras ilusiones hasta convertirlas a la religión del desencanto, que ya asomaba y mostraba mucho peligro por las bandas. Los cambios de humor alimentaron la esquizofrenia industrial y los malos augurios, pero Mágico alivió la pena, qué digo: repartió la alegría en cantidades excedentes, a puñados. No fue un espejismo, el cuarto y mitad de década de los ochenta. Pasó, aunque no exactamente como se cuenta.

Mágico constituye un recuerdo de Cádiz. *I love Cádiz*. Recuerdos de la felicidad vivida, soñada, imaginada y jamás con-

tada del todo. La memoria de Jorge González juega con los tiempos verbales, del presente al pasado, pasando por el futuro, que será imperfecto. Para el resto del mundo, Mágico está vivo y goleando en *Youtube*. Para Cádiz, por ventura o desventura, retorna a diario del pasado, aunque sus recuerdos son cada día más dulces, como los recuerdos de Lucía en la pieza de Serrat.

En busca del viento perdido, el gaditano amarrado a la leyenda de Mágico González trata de encontrar explicaciones en vano. Mágico perdura, crece, se expande como un grito de libertad. Los vientos están cambiando, el mundo se ha convertido en un casino de apuestas, lo consiguieron, devaluaron el porvenir, aplastaron ilusiones, nos hicieron pagar sus deudas pendientes.

Dice el escritor y periodista Óscar Lobato que «la ciudad de Cádiz da personajes que no nacieron en ella», lo que nos invita a preguntarnos, sin esperar respuesta cabal alguna, si Mágico es más Cádiz o Cádiz es más Mágico.

Mágico, aunque sea recién levantado, todavía gana partidos de audiencia a estas alturas, es millonario en visitas a sus goles y famoso por sus peripecias, romances de tradición moral que sobreviven de padres a hijos. «Mira, niñato, aprende de tus antepasados».

Mágico aparece en la escena, como un dibujo animado en la sombra asignada a un teórico interior izquierdo, y dribla de primeras a Sañudo, implacable defensor del Rácing de Santander. Minuto 24 de la segunda parte. Jorge ya ha movido dos veces el marcador de la torre de preferencia. Le entra medio hipnotizado Chiri, que a la postre se ve superado con un recorte magistral sin espacio sideral para poner un excusa convincente. El Mago tiene una idea, un palpito, 14 de septiembre de 1986, ocho menos cinco de la tarde, y su requiebro le conduce al área de castigo. Se lo piensa, vuelve sobre sus pasos y sienta con la cintura a Roncal, le arrebató el sentido del equilibrio, se cuelga en sus futuras pesadillas. Camino de la portería, incierta la ciencia del engaño, levanta la vista y observa al dueño de la duda y de la portería, Pedro Alba, que amaga con salir al encuen-

tro de Mágico. Quieto el tiempo, ansioso el tanteador simultáneo dardo, Jorge saca la cuchara, saborea el momento con una caricia, dispara de pronto y la pelota vuela feliz, un poco mareada por el efecto visceral que le ha sugerido Mágico, y se aloja en la escuadra izquierda de Alba, el atónito. La gente, turulata, practica quince minutos de ola al nuevo estilo mexicano. Lo nunca visto. Un solo grito: «¡Mágico, Mágico!» La felicidad instantánea.

Horas de sueño guardadas en el almacén de imágenes infinitas. Años de nostalgia de futuro. Alba se dirige al centro del campo y felicita a Mágico González. Ahí lo llevas.

Tratándose de Mágico, aquí falta a la verdad hasta el *Youtube*, a unas malas. Miente la leyenda que una tarde de verano, segundo año después de Mágico, el Cádiz ganó al Barcelona el partido de consolación del Trofeo Carranza por 4-3. Cuentan con detalle los entresijos de tamaña hazaña. Mágico llegó tarde, cosa rara, y saltó al campo en la segunda parte, cuando los azulgranas se distanciaban del ánimo cadista con un 0-3 inalcanzable. Jorge, el salvador, lideró la remontada con garbo y tronío, interpretó su disco entero de grandes éxitos, anotó dos goles y brindó dos pases cantados de gol, lo que hoy viene a ser dos asistencias. Mágico no jugaba al baloncesto. Pero hacía milagros, amén de inspirar pura fantasía.

Ese resultado jamás existió. No hay pruebas ni en el *Youtube* de las narices. El partido terminó 3-1 para el Cádiz, eso sí. Mágico fue titular, aunque llegó al estadio quince minutos antes de empezar la función. Tiene su explicación. Todas las leyendas de Mágico, salvo error u omisión, arrastran alguna explicación, a ser posible inexplicable.

Con los años, se conoce que unos cuantos cientos de los miles de historiadores y biógrafos por vocación de Mágico que pululan por el globo, sin ir más lejos, los mismos que ponen color a las andanzas del portentoso y despreocupado futbolista con pintorescas escenas del ayer y rocambolescas gestas dentro y fuera del campo, hechos que jamás fueron consumados pero entretienen

una “jartá”, han confundido varios episodios futbolísticos de diversas épocas y les ha quedado un bonito 4-3.

La noche que tocaron Los Rodríguez en una discoteca de Bahía Sur, otoño de 1993, el Atlético dirigido por el Cacho Heredia, mito viviente de la final de la Copa de Europa del 74 de infausto recuerdo para los colchoneros, que ya han perdido dos trofeos continentales a última hora, volteó un 0-3 del Barcelona de Romario en el Manzanares, con cuatro tantos al contragolpe en la segunda mitad.

Los días del Trofeo Carranza del 84, Mágico se sentía acorralado por Irigoyen, el presidente cadista, y su entrenador Benito Joanet. El Cádiz había descendido a Segunda, a Jorge no le molaba jugar en Segunda, y la plantilla se sumaba a las movilizaciones en defensa de los derechos de los jugadores, que desembocaron en la liberación de sus cadenas. Los contratos, en la época referida, daban bocados a la dignidad, ataban a los jugadores a los clubes, y los sueldos, en muchos casos, también gruñían, leoninos. Los jugadores fueron a la huelga. Mágico se declaró en rebeldía un poco antes, aprovechando la llegada del Trofeo. Reivindicó un nuevo contrato, pidió más billetes, y amenazó con no jugar, que nunca ha significado para Mágico no trabajar. Amenazó con no divertirse. Y adujo, en su línea hiperbólica, que no le salía a cuenta seguir en el Cádiz, que había pagado ya un millón de pesetas en multas el año anterior y que no le quedaba pasta «ni para los calcetines».

A la postre, se presentó a la primera semifinal del torneo, ante el Athletic de Bilbao, con media hora de margen, sin tiempo para calentar en condiciones, pero jugó. Perdieron los amarillos en los penaltis, pero Mágico se salió, puso sobre la mesa verde sus razones y se despidió de Joanet con un «mañana no cuentas conmigo». Pero volvió, diez minutos antes del partido dichoso, el fantasmagórico 4-3 al Barcelona, que en realidad fue un 3-1 vibrante que conoció al mejor Mágico, un torbellino de pasiones.

Al día siguiente, Mágico se perdió, desapareció de los confines del mundo, dejó dicho que estaba «harto del fútbol», mensaje

que nadie creyó, y no retornó a sus labores hasta el 7 de octubre. Selló un nuevo contrato. La mañana que regresó a los entrenamientos se reunieron más de dos mil fieles aficionados en el estadio. Una cosa horrorosa.

A bordo de su flamante Ford Escort rojo, el mismo que traía de cabeza a la brújula inconstante de las noches de trasiego, llegaba Jorge al doloroso entrenamiento sin balón, esos días no salía el sol del todo para su redonda manera de ver la vida. A veces, de camino, Mágico, el astro amarillo de fama mundana y mundial, se paraba en una plazoleta a echar un partidillo con los chavales del barrio y llegaba tarde a la cita con la tiranía de la rutina.

De todos los tiempos, uno de los mejores es el presente ya pasado.

Un montón de niños detrás de la portería. Un plano corto de Mágico.

Play, flay, may. Ahí vamos, al Bernabéu. El zaguero madridista, confiado, ejecuta un pase atrás errado, la pelota viaja a tierra de nadie y aparece Mágico con cara de bolero, incrustado en el reflejo de un par de adversarios blancos. Jorge cavila sobre la desesperación del portero, a quien supera con el primer toque, una suerte de conducción temeraria, Mágico la para, la convence y la desliza en la misma secuencia, así que no tiene más que imaginar su soledad, el soponcio de la grada y el grito unánime de Cádiz a través de los transistores.

Despacito, suave que me estás matando, gol.

Las imágenes no mienten, pero tampoco son pruebas irrefutables de lo que pudo haber ocurrido. Más fiable parece el relato del aficionado que presencié todas y cada una de las temporadas de la serie de ficción protagonizada por Mágico y las plantillas amarillas en las que militó. Mágico no sería leyenda sin los compañeros que disfrutaron y a veces padecieron su talento, sin los entrenadores que le apretaron o aflojaron las tuercas, ni la afición que le entendió la mayoría de las veces, le perdonó las culpas, le declaró su amor incondicional aun a riesgo de caer en profundas decepcio-

nes. La trama de cada temporada asustaría a los guionistas intrépidos, no cabe en cabeza humana. La trastienda de los partidos evocados en los dispositivos móviles se adjunta al dorso. La brevedad y la simpleza de la memoria audiovisual dejan traslucir el juego de Mágico a lo largo de trepidantes contragolpes, metafóricos tiros a balón parado, saques de esquina olímpicos, escenas que retratan con amabilidad la destreza, el arte monumental del Mago, pero no se explican por sí solas.

Con las prisas, apenas quedan restos del factor futbolístico y mucho menos del factor humano. Para entender mejor el fenómeno, conviene rescatar las claves del juego en equipo, la situación en la tabla clasificatoria, el contexto social, las peculiaridades del fútbol de la época, que aún se debatía entre la furia y la técnica. Entonces, convenía saber si Mágico había pasado una buena noche. Eso lo sabía nada más que la gente de Cádiz.

De vuelta al Bernabéu, vemos a Jorge yéndose por velocidad de su par, si es que alguna vez tuvo algún par, y desde la hipotética posición del extremo izquierdo, ajustar el disparo a la cepa de un poste sin dar tiempo al portero a pensar.

Ahora, Mágico inventa un autopase, saluda educado al robusto defensa y pone un gol en bandeja.

Luego, la línea del firmamento de Cádiz observa con escepticismo las hechuras que luce un pelotazo descontrolado que parte de la esquinita izquierda del fondo norte con destino al más allá, a la altura del círculo central, a primera vista una botella al agua sin mensaje. Jorge sueña premonitorio el fallo del rival, busca las cosquillas al sol plomizo de la tarde y encuentra a un portero que sale a por uvas. Gol.

Despacito, bombeado con ternura desde la media luna. Mágico alza los brazos, la foto que sintetiza el recuerdo de todos los tiempos, Mágico levantando los brazos, buena señal.

De nuevo solo, Jorge se siente escrutado por uno, dos, tres defensas contrarios, regatea sin contemplaciones a cuantos tosen algo raro, espera al guardameta y gol. En la repetición, ¡Mágico

hace más cosas! Derriba a un nota con la mirada, baila a otro con la cintura y se burla de la pelota en un zigzag desternillante.

En lo alto de la palmera, ante el Betis, Mágico marca el gol que nunca hizo, aprovechando una dejada de cabeza de Cabrera. Jorge sorteja al primitivo portero y, en un escorzo medio infinito, pega de tacón a la bola. Alguien con mala idea y camiseta verdiblanca, candidato a engrosar la tabla de personas tóxicas en los libros de autoayuda, salva el gol con la mano, comete penalti y también un delito de alta traición al aficionado que se tira de los pelos mirando fijamente la pantalla. Sin problemas. En la tercera repetición debe ser gol. ¿No lo sabe ya? Muchos huecos libres deja el juego interactivo del Mágico internauta virtual. Procedente de una noche de insomnio o algo, Mágico se enfrenta, en el hueco de la mañana, a un terreno de juego impracticable, el Carranza de las peores pesadillas del jardín de flores, pero el tío baja la pelota al barro, y remata la faena con un culebrón y pase atrás. Pintan la línea de fondo, que Mágico ha borrado todas las penas del sentido.

Mágico representa casi todo lo que el gaditano quiso ser y hacer alguna vez en su vida. Es un deseo. Mágico hizo lo que le dio la gana en el preciso momento, cubrió su talento de placeres mundanos al alcance de todos y de pocos a la vez, durmió con holgura el sueño de los necesitados, fue ejemplo de niños y mayores por motivos opuestos.

Buen ejemplo para los aprendices de futbolista, y para los amantes de lo exquisito, y mal ejemplo para los niños malos, sus padres aún peores, las madres de las niñas traviesas y la autoridad incompetente.

Mágico retrata el tiempo loco de la gran ilusión, en permanente pugna con la decepción, la gente de Cádiz habla de Mágico en pasado, aun festejando que su ídolo esté vivo, porque la ciudad que vio nacer la leyenda del pelotero ya solo barrunta lo que fue, lo que pudo ser y lo que pudo haber sido.

Efluvios de una época irrepetible, mañanas de descubrimientos, tardes de asombro, rebeldías jugando al primer toque, monta-

ñas de creatividad, el sino de la alianza trasatlántica, el plebiscito del cariño, el movidón, el conflicto de astilleros, la reconversión industrial de la risa, la bola de cristal, la frontera del triunfo y del fracaso.

Los niños de los años setenta y ochenta invocarán hasta los restos al espíritu libre tan difícil de manejar, el talento independiente, el cabezón inconformista, el cuerpo humano irreverente que responde por Mágico. La batalla entre el bien y el mal estampa desde entonces una equis en la quiniela. Este partido lo vamos a empatar, por lo menos, a resultas de dos ascensos, otros tantos pellejazos y una pocas permanencias en el limbo, según se entra a la izquierda.

Mentir es una forma de decir «te quiero», así que vaya haciendo cuentas, pues a la voz de ya se dispone el recuerdo de Mágico a tomar medidas de los abrazos, las alegrías, los embustes y las traiciones que escriben esta historia de amor. Veneno en la piel, muñecas hechas de plástico fino.

Siempre es verano en la memoria mágica de Cádiz. Nunca llueve suficiente. Cádiz canta al paraíso ahora, espuma blanca en la cresta de la ola. Escuchen el sonido secreto de su nombre. El cantón independiente de Jorge González, el Mago, supera los límites del roneo a orillas del campo de sueño. De ideología nocturna son las cuentas del ruinazo total; dos más dos son cuatro y mañana hace calor. Mágico, estallido de color, imaginación contra la gris costumbre. Un disparo al tiempo sin ambición.

Tañen las campanas de libertad, en su loco martilleo místico, por los rebeldes, los libertinos, los marginados y los socios del infortunio.

Tañen también por los mansos, la gente afable, los ángeles custodios, los supuestos y los hechos abstractos, el extracto del llanto de jugo de limón.

El gaditano suele morir de éxito, encantado de conocerse a sí mismo, en diversas ocasiones en su vida trimilenaria. La memoria de Cádiz, como la de Mágico, se desvanece en medio de la ingravi-

dez, Mágico no es una anécdota trufada de goles y espantás, sino la ilusión de un tiempo mejor, el elixir de la juventud de Cádiz. Con lo vieja que es Cádiz.

La leyenda de Mágico, una luna creciente que asoma luces y sombras, alimenta los deseos de la fama irreal, las cosas imaginadas, alrededor de tantas certezas impepinables. Mágico era un tipo reservado, sencillo y vividor. No le gustaba el resplandor del dinero.

Claro que le atraía el vil parné, pero se negaba a caer en las garras del imperio del dinero, ni siquiera fiao. Tampoco abusaba de su notoriedad pública, lanzaba al aire su fama para el que la cogiese, digamos que hablaba en la cancha y pretendía pasar inadvertido en la calle, con éxito desigual. El éxito le resbalaba por la espalda al peculiar prestidigitador, pero no podía pretender pasar desapercibido en un rincón tan especial, luminoso pero encerrado en sí mismo, cautivo del pasado de esplendor, doliente pero cantante. A Jorge le encantaba reunirse con la gente extremadamente expresiva que puebla las calles de Cádiz, así que no debía quejarse de tanto cariño.

El gaditano de los ochenta, además, vivía en permanente jornada de puertas abiertas al mundo, un festival de transparencias que le permitía enterarse de todo y, cómo no, estar al cabo de la calle de las correrías de su salvador mágico estrambótico pluscuamperfecto lúdico festivo. Imposible esconderse en Cádiz.

Una tarde, el gitanito Bojigas se quedó prendado de los zapatos que lucía el Mago y este, sin conceder respiro, se los quitó, se los regaló del tirón y se marchó descalzo.

Para el salvadoreño, sin que signifique que fuera un tipo inocente, en Cádiz no había buenos ni malos, no solía desconfiar de primeras, se juntaba con cualquiera... y digamos que no sabía ni quería decir sí ni no. No ni ná. Así que prestaba las llaves de su casa a desconocidos y a veces tenía que ahuecar el ala o sumarse a la fiesta o encargar un pollo asado o contar las horas de sueño que quedaban por descontar al próximo entrenamiento.

Soportó el Mago de manera desigual a gorriones profesionales, vampiros de salón y mosqueteros del dinero. Prestó mucho dinero, tiró mucho el dinero, pero también ayudaba a su familia en cuanto llegaba un ingreso extra o recibía señales desde la distancia. La cuestión del parné no dejaba sin dormir a Jorge, claro, claro, En sus tiempos salvajes y turbios, plagados de cuentas borrosas, promesas engañosas y plantones sonoros, Irigoyen administraba el dinero sonante y 'la' ficha consonante del loco jugador. *Carpe diem.*

Mágico tenía sueño. Un sueño alto como el cielo que le quemaba muy dentro. Dicen que dormir en exceso suscita un estado de letargo perjudicial para el devenir de los elementos humanos y las cosas que pasan emancipadas de los tiestos a punto de repartir pedazos de realidad. La actividad se ralentiza, el sujeto parece encarrajotado, baja el rendimiento, se sostienen de milagro los pilares de la vida saludable. Sueño sin pasarse, ejercicio y buena alimentación. Mágico aún se plantea el reto de la ecuación.

La acumulación de sueños gibias y significativos aturden el comportamiento del personal, que se siente solo y desdichado. No cuadra con Mágico, pierden el tiempo y el trabajo los controladores de las emociones y el equilibrio de las piltrafas de carne y hueso, Mágico dormía lo suficiente: un montón. Y llegaba tarde porque tenía el sueño cambiado, llegaba descansado y a punto de desquiciar al más pintado de acalorado.

Yo no creo que Mágico se tapara la cabeza con la sábana y se hiciera el muerto durante una larga peonada matinal para encubrir viejos traumas de la civilización del dinero y la ambición. Podemos discutirlo, en todo caso. Mágico le daba coba a la soledad del mundo cuadrículado, ponía cara de sueño atrasado y luego interpretaba las pesadillas de la fatalidad a su manera.

Jorge se liaba la manta a la cabeza por una sencilla razón. Dormía con las sábanas anudadas a la cabeza porque de chico, en El Salvador, le costaba horrores conciliar el sueño por culpa

del ruido ensordecedor que producían las máquinas de los talleres pegados a la casa familiar.

Mágico, de seguro, soñaba, y aún lo hace, con sus mejores diabluras sobre el campo y las jugadas que hicieron mucho más llevaderas las noches de larga duración. Maneras de vivir, maneras de dormir.

La escena que tumba a Mágico, cuajado, en una camilla del vestuario de visitantes del estadio Vicente Calderón se ha impuesto de tal forma en la lista de anécdotas que engalanan el historial del jugador, que parece una foto fija. Caer rendido, como un tronco recién cortado, a los masajes de Rovira tampoco era tan raro ni exclusivo. Rovira, a la sazón Antonio Tocino, ejerció casi treinta años de bondad en el club y fue consejero y amigo del Mago.

El técnico argentino Bambino Veira se tomó las cosas con filosofía y espíritu práctico. Le regaló a Mágico, en plan indirecta dentro del área, un enorme reloj despertador con la imagen del Pato Donald, munición muy considerada en las antiguas tiendas de Todo a Cien.

«El despertador no sirvió para nada», declaró Veira años después.

«Entonces, un día llamé a una orquesta de flamenco. Fui a la puerta del cuarto con todos los músicos, que empezaron a cantar: “Ay, Mágico, ven a entrenar, te estamos esperando”. Al ratito, abrió Jorge la puerta despacito y dijo: “Me levanto porque me gusta la música”» Para el míster, el Mago era un «vago hermoso».

Mágico tenía sus días, tuvo sus épocas, como los pintores vanguardistas y los cantautores revolucionarios. Fulgor, caída en desgracia, exilio, retorno, ascensión y silencio final. Que nunca será tal, merodeando lo que son mayormente los contornos de la eternidad. A Mágico, bien mirado, le brillan las aristas cuando se le compara con los futbolistas coetáneos, con lo que había, y se le sitúa en el contexto de la pelota y la calle.

Reiteran los asombrados testigos de las virguerías de Mágico algunos momentos sublimes que nunca faltan a un buen menú

de leyendas de Jorge. Unas cuantas historias hablan del toque de balón, oh, su exquisito y preciso toque de balón. Mágico subía las escaleras dando puntaditas a una naranja, medio mondada de risa, o golpeaba con furia o cariño, según su estado de ánimo, sobre los lomos de un paquete de tabaco americano, a ser posible de contrabando, que le da más emoción a la historia.

El irrepitible hechizo de Mágico González sigue sumando fieles a la causa del balón dormido, ese tacto especial en el pie, su lenguaje corporal, el habla de las manos, el rumbo incierto de su espíritu libre y la exactitud de su bondad en el pase. En esta historia de amor, pérdida y recuerdo, Cádiz ya apenas piensa en lo que pudo haber sido. El mundo se pregunta por qué Mágico no voló más alto, creen a pie juntillas en la fábula del jugador arrepentido quienes no le vieron jugar, ni alcanzaron a vislumbrar el poder, en lo mejor del querer, y la verdad es que cansa un poco escuchar a diario el relato inconcluso, que si Mágico pudo haber reinado, que si Mágico no triunfó por su mala vida, que si hubiera coleccionado títulos en los clubes más grandes del planeta. Un rollazo.

Mágico triunfó por todo lo alto y lo hizo como le dio la gana. No pregunten cómo hemos llegado a tal conclusión, pero viajen por un momento a una ciudad luminosa y jovial, aunque golpeada por el paro, la droga y la maldita reindustrialización, que asistió durante una década a una sucesión de acontecimientos extraordinarios y vio salir el sol de su equipo amarillo en un horizonte de títulos, gestas, hazañas. Aquí los ascensos y permanencias equivalen a campeonatos mundiales. Jorge ganó el suyo. También lo perdió. A lo grande. Jugó, vivió, durmió, amó. Y dejó un recuerdo imborrable en compañeros del alma como Pepe Mejías, Hugo Vaca, Chico Linares, Mané, Juan José, volvió locos a entrenadores más o menos comprensivos, desde el metafórico e histriónico David Vidal al caballero Víctor Espárrago, y se dejó querer a su manera.

Mágico, en la intimidad de la Venta de Vargas, pedía a su compadre Camarón que le cantara y bailara, «te canto pa' que me cantes y me alegres el corazón, como el agua viene y va, porque a mí me va mucho la marcha tropical».

Jorge González, el buscador buscado, nunca sirvió de ejemplo, aun siendo el mágico exponente de sí mismo y del género que representaba, y sigue sin poner de acuerdo a los terrícolas.

Él, que fue alumno aventajado y maestro desnortado, denominador común de una ciudad dividida física y sentimentalmente, malamente custodiada por murallas de turrón del duro al mero capricho de los vientos y de la mar de leva, y segregada por unas puertas de tierra que extralimitan las fronteras del bien y del mal, la antigüedad y el modernismo, nació viejo y niño a la vez. Hoy dicen que vino al mundo redondo en el año 57, digamos que vino en el 58, y que marcó un total de 57, pa' mí que fueron 58 goles amarillos en la Liga española. ¿En qué quedamos? Mágico era mucho más viejo entonces que ahora, y hoy es mucho más joven que antes. Mágico tenía todo lo que necesitaba Cádiz, un artista que no echara la vista atrás. Pero alguna gente un poco impertinente abusó de la confianza, y de sus propias fuerzas, y acabó de rodillas mirando por el agujero de su cerradura. Y los domingos, reverencias y penitencias.

El expediente de Mágico no consiente certezas. Jorge estudió a fondo el humor ondulado de Cádiz, entre el sol y su corazón. Examinado de continuo, sacó muchos sobresalientes en bellas artes y humanidades y algunos cates en paciencias exactas. Miren hacia otro lado para encontrar asignaturas pendientes. Busquen pegas y mentiras piadosas en otro buscador que no sea la Magipedia. Escuchen cómo canta aún Roy Orbison a la soledad.

Mágico pavonea por estas páginas en busca de una mujer linda que sepa escuchar sus silencios, un mediapunta de la noche que le acompañe en su soledad, un Salvador libre y en paz, una comparsa que le ponga los vellitos de punta, un baile de risa, un personaje literario que escriba algo bonito sobre su obra y milagros, un bar abierto, un plato de fideos con caballas.